RECENSIONES

Vladimir Soloviov: *La justificación del bien. Ensayo de Filosofía moral* (Ed. Sígueme, Salamanca 2012, Traducción de José María Vegas, 589 págs.)

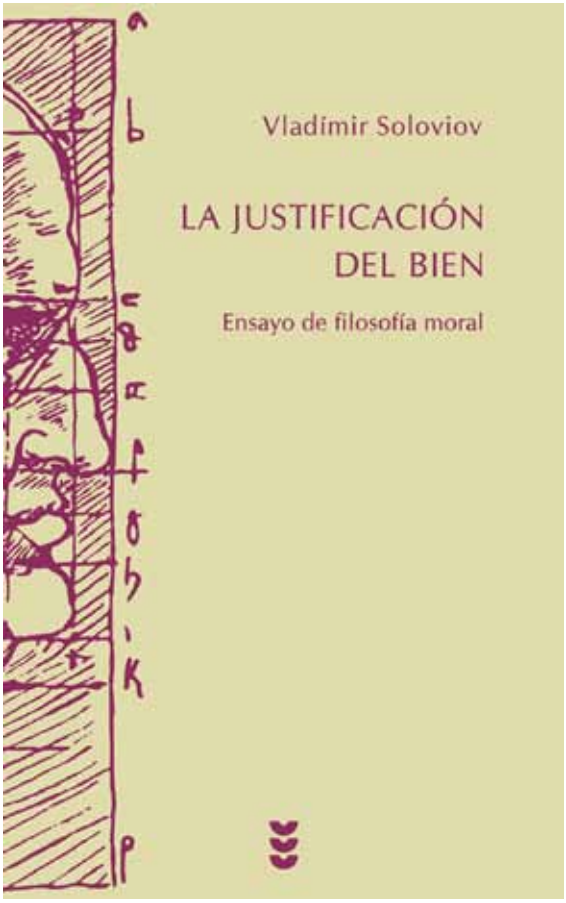
Por Carmen Herrando[1]

1 Instituto Emmanuel Mounier de España. Directora de la Colección Persona (Fundación E. Mounier). Profesora de Ética en la Universidad San Jorge, Zaragoza. Ver más en nuestro link de Autores.

José María Vegas, claretiano, profesor de Filosofía en San Petersburgo y miembro del Instituto Emmanuel Mounier, se ha encargado de traducir esta obra fundamental del gran pensador ruso Vladimir Sergeievich Soloviov (1853-1900), quien puede ser considerado un filósofo personalista.

Se trata, como expresa el subtítulo del libro, de una Filosofía moral construida en torno a los que Soloviov considera los tres pilares fundamentales de la moralidad, que son los que posibilitan, además, que se puedan dar razones del bien: el pudor, la compasión y el sentimiento de veneración. Los tres constituyen el trípode donde se sostiene la vida moral, y desde ellos es desde donde Soloviov explica los elementos que están presentes, como se viene considerando tradicionalmente, en la estructura moral del hombre. El discurso del filósofo ruso, amigo, entre otros notables, de Dostoievski, es riguroso y profundo; y no se centra sólo en la visión cristiana de la moral, sino que tiene también en cuenta la reflexión moral de otras tradiciones, como la budista o las correspondientes a algunas ramas del hinduismo. Sin embargo, tal vez lo más original del pensamiento de Soloviov es que de los tres pilares que pone como basamento de la vida moral, el sentimiento de pudor sea el que el autor considera como verdadero predecesor y generador de los demás; y que lo presente como principal acicate de la moralidad, al tenerlo -y dar buenas razones para ello- por "fundamento originario de la conciencia moral" (p. 73).

Para Soloviov, el pudor empieza por elevar al hombre por encima del instinto animal de conservación de la especie, y se halla así en el arranque de la moralidad



misma. "Al poseer esta capacidad para el pudor -escribe el filósofo ruso-, que no se descubre en los demás animales, el hombre podría ser definido como el animal *que se avergüenza*" (p. 182). Y es que el ser humano no es únicamente un instrumento de un proceso natural,

sino que aspira infinitamente a más. Por eso se niega a someterse a esa suerte de rueda del *reemplazo* de las generaciones que se encierra en lo sexual, al sentir en sus adentros, merced a su naturaleza espiritual, la capacidad de acoger la plenitud de la vida eterna. Pudor, conciencia y temor de Dios vienen a ser, de este modo, expresiones de un proceso moral *divinizador* del hombre, que empuja a éste, desde muy dentro de sí mismo, a la búsqueda del Bien. Y así es como viene a expresar Soloviov el principio absoluto de la moralidad: "En perfecto acuerdo interior con la propia voluntad, reconociendo en todos los demás su importancia absoluta, es decir, su valor, en cuanto que en ellos se da la imagen y semejanza con Dios, [el hombre] toma parte lo más completamente posible en la obra de la perfección propia y universal, para la definitiva revelación del Reino de Dios en el mundo" (p. 223).

Este principio de la moralidad se desarrolla a través de una lógica que Soloviov expone con maestría, tomando como punto de partida el sentir religioso y teniendo a Cristo como modelo de plenitud. En la conciencia de este proceso descubre el hombre las fuerzas contenidas en dicho principio de la moralidad, y que son las que crean el orden moral perfecto, que el filósofo ruso llega a identificar con el Reino de Dios. El bien en sentido pleno equivale, así, al Reino anunciado por Jesús.

Soloviov recorre en estas páginas la marcha hacia el bien que lleva a cabo la humanidad a través de los diferentes procesos históricos, y en medio de dichos procesos describe a la *persona* como la verdadera protagonista de tal itinerario, teniendo en cuenta que la persona individual ha de caminar con los otros, porque se hace a sí misma también y muy principalmente en la comunidad humana. Soloviov está convencido de que el ideal moral se encarna en el cristianismo. Y cree con profundo convencimiento que el cristianismo es el garante de la realización del bien en las sociedades y en la historia, como si fuera una de sus principales razones de ser.

Estamos ante un libro profundo y -me atrevo a decir- necesario, porque trae a la reflexión los contenidos más centrales de la Filosofía moral, abordándolos con hondura y desde una perspectiva novedosa. Seguramente los entendidos dirán que se trata de una obra maestra. Para quienes conocen a José María Vegas, sobra decir que la traducción es excelente; tanto, que la obra parece haber sido redactada, de origen, en español. Queda agradecer al traductor tan esmerado trabajo, sin el cual nos hubiese sido imposible leer a este gran filósofo ruso que, curiosamente, murió el mismo año en que moría Nietzsche.